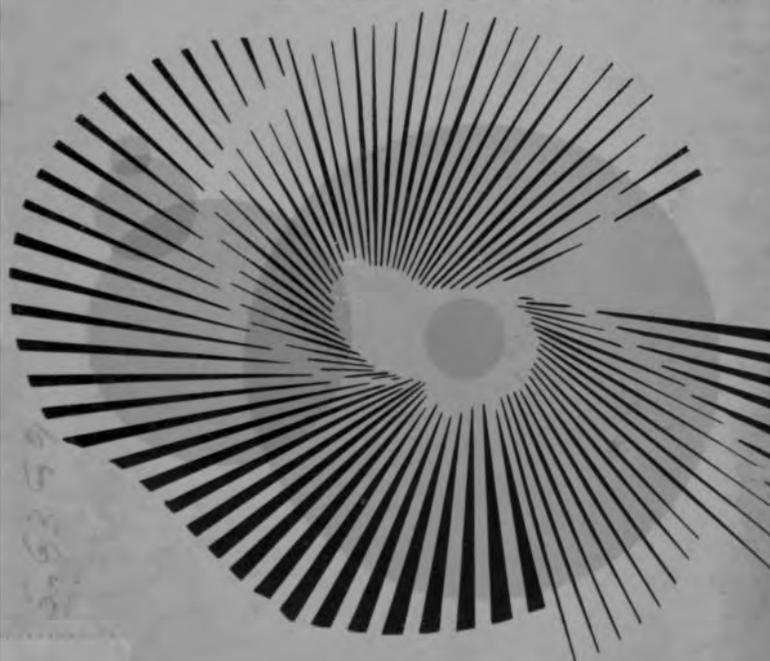


LATINOAMERICA HOY

Eduardo Galeano

GUATEMALA PAIS OCUPADO



1F 1466.
5. G3. G9

Con un apéndice de
Luis Cardoza y Aragón



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO



Crónicas geopolíticas de Eduardo Galeano: Escritura de viajes contraimperial

María Teresa Johansson M.

Universidad Alberto Hurtado

Resumen

Las crónicas de Eduardo Galeano publicadas durante la década de los sesenta fueron tributarias de sus experiencias de viaje por el continente. Este artículo propone que el autor transformó el género de la crónica al ensamblarla con un nuevo relato de viaje de carácter testimonial, contraimperial y poscolonial. En las crónicas sobre Bolivia y Guatemala del año 1967 se exponen distintos escenarios geográficos y políticos en los que se configura esta nueva tendencia de escritura.

Palabras clave: Galeano, años sesenta, viajes, crónicas, poscolonial.

Abstract

The chronicles of Eduardo Galeano, published during the 1960s, were tribute to his travel experiences throughout Latin America. This article proposes that Galeano transformed the genre of the chronicle by integrating it with a new, testimonial, counterimperial and postcolonial travel writing. In the chronicles from Bolivia and Guatemala in the year 1967 different geographical and political scenarios are exposed in which he configures this new writing tendency.

Keywords: Galeano, sixties, travel, chronicles, postcolonial.

Durante la década de los sesenta, mientras trabajaba en el comité editor del Semanario *Marcha*, Eduardo Galeano realizó una seguidilla de viajes que lo llevaron a recorrer distintos continentes y a adentrarse por amplios territorios de América Latina, Centroamérica y el Caribe. En el año 1963 había empezado su recorrido por Sudamérica con varios viajes, entre estos



uno a Chile en el que acompañó a Salvador Allende en su recorrido por el país y que conoció la nieve en Punta Arenas.²⁶ Al terminar el año viajó a China, a Checoslovaquia y a la URSS, donde permaneció un mes. El año 1964, cuando contaba con apenas 24 años, y después de haber tenido que realizar un itinerario transatlántico, llegó por primera vez a La Habana para sostener una entrevista con el Che Guevara.²⁷ Un par de años después, en 1967 se internó por la sierra y la selva de Guatemala durante más de dos meses en búsqueda de los líderes de la guerrilla. Durante esa década también viajó por Bolivia, Brasil, México y Venezuela, alternando la estadía en ciudades con diversos recorridos por los territorios regionales.

Esta serie de viajes dio origen a la publicación de dos libros de crónicas, el primero de ellos, *China 1964. Crónica de un desafío*, publicado en Buenos Aires, y el segundo, *Guatemala, clave de Latinoamérica*, aparecido en México, donde fue celebrado, entre otros aspectos, por su valor de denuncia temprana de la represión. Más tarde, Eduardo Galeano publicó en Montevideo *Crónicas Latinoamericanas*, libro que compendia una serie de escritos publicados con anterioridad junto a nuevas crónicas que tematizaban la situación uruguaya. La álgida producción de Galeano durante esta década culminó con la escritura de *Las venas abiertas de América Latina*, obra que realizó a toda velocidad para su envío al Premio Casa de las Américas en la primera convocatoria de la categoría Testimonio. Si bien no se le otorgó el premio, recibió una mención honrosa que apoyó su rápida difusión y le concedió valoración internacional. En este libro se incluyeron y reescribieron una serie de crónicas, pues tal como lo señala el propio autor en una entrevista concedida en Cuba: “El libro recoge cuatro años de viajes y andares que cristalizan en esta obra escrita en noventa noches” (196). Como es posible constatar, en la biografía de Eduardo Galeano, esta década inicial, sella la particular relación entre su escritura y la experiencia del viaje, una relación que prosiguió durante los periodos venideros bajo el signo del exilio.

Eduardo Galeano perteneció a una generación que revivió la crónica y los reportajes bajo la figura del periodista comprometido. Como está ampliamente documentado en diversos estudios sobre los años sesenta, la demanda por una escritura referencial acompañó una época fuertemente

^{26.} En la acuciosa biografía escrita por Kovacic, se señala: “En 1963, Allende y el Partido Socialista aspiraban a consolidar territorialmente su propuesta de izquierda: ‘Con Allende vi nieves por primera vez’ reconoció Galeano en varias entrevistas” (163) haciendo referencia a su paso por Punta Arenas.

^{27.} Tal como lo expone Kovacic, se trató de un viaje largo debido al bloqueo norteamericano: “El periplo comenzó en la partida desde Montevideo rumbo a Buenos Aires, siguió a Lima y de ahí a México para aterrizar en Windsor, Inglaterra, de allí cruzar nuevamente el Atlántico rumbo a Montreal, Canadá, donde permaneció obligado cinco días, otra vez Europa en el aeropuerto de Orly, Francia, luego Madrid y finalmente La Habana” (165).

ideologizada en torno a los procesos de revolución y militancias. En esos años, la función del periodista se volvió singular y la proclama urgente llevó a los límites las relaciones entre escritura y política.²⁸ La vitalización de las formas de literatura documental fue acompañada por un amplio público que mandataba narrar e interpretar la realidad sociopolítica.²⁹ En este contexto, la reemergencia de los géneros de no-ficción tuvo una acogida inusitada entre lectores que se interesaron por el reportaje de investigación, la crónica, la biografía, como también por las escrituras autorreferenciales, los diarios y testimonios. El escritor participó en esta tendencia que se desplegó a nivel latinoamericano y contribuyó activamente en el escenario mediático internacional en su calidad de heredero de la generación crítica uruguaya, puesto que tanto el rigor investigativo y la profundidad de sus análisis sociopolíticos como su interés en la escritura literaria fueron tributarios de la generación precedente, cuyo rostro más visible es la influencia de Onetti y Quijano sobre su formación intelectual.

La crónica y la escritura de viajes



En su temprana producción, Eduardo Galeano originó un tipo de escritura que intervino los modelos de los géneros discursivos al ensamblar la crónica periodística, la investigación sociopolítica y el relato de viajes. A partir de esta hibridez, su escritura desplegó una particular aproximación a las dimensiones antropológicas y geográficas del continente latinoamericano que hizo notoria su estrecha relación vital con el territorio. Cabe señalar que la recepción crítica en torno a sus crónicas ha destacado fundamentalmente la orientación de historia económica e ideológica que guió la perspectiva geopolítica de su trabajo, atendiendo menos a las complejas relaciones entre seres humanos, entorno y naturaleza. Siguiendo esta orientación, aquello que comúnmente se ha interpretado en la obra de Galeano como una inquietud analítica en torno a la historia social y a la economía política también puede relevarse hoy día, como una mirada continental bajo el prisma de la ecología política.³⁰ Lo interesante es subrayar que en la obra de Eduardo Galeano

^{28.} Paradigmático es el caso de Rodolfo Walsh quien proclama la necesidad de una escritura de urgencia y la imposibilidad de continuar con el género burgués de la novela.

^{29.} La definición de Susana Rotker sobre la crónica explicita esta condición: “El criterio de factualidad no debe incluir ni excluir a la crónica de la literatura o del periodismo. Lo que sí era y es un requisito de la crónica es su alta referencialidad –aunque esté expresada por un sujeto literario– y la temporalidad (la actualidad)” (130).

^{30.} Tal como lo proponen Raymond L. Bryant y Sinéad Bailey: “*political ecologists attempt to complete the story through work oriented around the idea of a ‘politicised environment’*. In the process, they agree with their mainstream counterparts that the Third World is wracked by an

este prisma se inauguró mediante una nueva escritura de viajes que venía a establecer continuidades y rupturas con las tradiciones que le precedían. En este sentido, es posible sostener que no solo el género de la crónica sufriría modificaciones bajo el ejercicio del autor, sino también el relato de viajes, que inscribe una posición poscolonial.³¹ Eduardo Galeano ejercitó una invención geográfica del continente americano mediante una mirada contraimperial focalizada en la intervención del capital sobre los habitantes del territorio y el medio ambiente natural. Sus crónicas fueron directas y certeras al responsabilizar a las élites políticas nacionales de los pactos poscoloniales que crearon una expansión sostenida de la pobreza en el continente.

Eduardo Galeano expone una figura de viajero ensamblada con la del cronista. El periodista se pone en movimiento desplegando su calidad de reportero de investigaciones sociales y geográficas y originando una particular condición de viajero testimonial que se interesa por un encuentro antropológico. Al considerar este atributo testimonial en los viajes de Galeano, se vuelve pertinente rescatar la idea propuesta por Achugar respecto del “letrado solidario” como una especie de pseudo-episteme, que se plantea la relación con el otro, no desde una posición de conocimiento científico, sino como un conocimiento de carácter ético.³² El pensar el “testimonio o la historia desde el otro”, propone un cambio en la relación identidad/otredad, pues no se trata de la historia del otro ni ante el otro, sino “desde el otro”, lo que implicaría un movimiento que afecta el lugar de enunciación en términos epistémicos y éticos. Cabe señalar que, alejándose de la noción de experto e intelectual, el propio



environmental crisis but, unlike the latter, then ask ‘Whose environmental crisis?’ That question focuses attention squarely on issues of political and economic causality, and ensures that political ecologists do not fall into the trap (as do many mainstream writers) of treating the Third World’s ‘environmental crisis’ in isolation from the much wider developmental crisis to which it is inextricably linked” (28).

³¹. Estas consideraciones comparten el supuesto metodológico planteado por Mary Louis Pratt sobre las transformaciones históricas del relato de viaje: “*In the case studies I make a strong methodological assumption: that important historical transitions alter the way people write, because they alter people’s experiences and the way people imagine, feel and think about the world they live in. The shifts in writing, then, will tell you something about the nature of the changes. Such shifts in writing, if they are historically profound, affect more than one genre. That fact made it important to ask how the shifts that took place in travel writing intersected with other forms knowledge and expression*” (4).

³². En las palabras de Hugo Achugar las distinciones son las siguientes: “Tal vez sería exagerado hablar de una especie de pseudo-episteme que en cierto nivel posibilitaría al letrado solidario la defensa del Otro u Otra, no como un objeto del conocimiento científico sino como un objeto de conocimiento obligatorio al nivel del deber ser o de la ética. Después de todo, la frase “letrado solidario” tiene una raíz ética innegable. El testimonio o la historia desde el Otro correspondería en este sentido con la necesidad de consolidación de una identidad humana que el discurso hegemónico anterior no posibilitaba” (57-58).

Galeano define su condición de periodista como la de un “testigo de ojos abiertos y oídos atentos” (1964 165).

Por otra parte, considerar a Eduardo Galeano como un viajero testimonial lleva a definir el tipo de viaje que este desarrolló en relación con la tradición de viajes que le antecedieron. A ese respecto, es posible identificar filiaciones latinoamericanistas en una historia emancipatoria de larga data. Dado que en los años sesenta tuvo lugar una reinención del imaginario independentista de la emancipación colonial, el viaje de Galeano por el continente americano (como el de otros artistas, intelectuales, periodistas y políticos) reiteró la impronta de los viajes efectuados por los próceres nacionales con afán de articular el movimiento emancipatorio mediante la concreción de conexiones latinoamericanas internas e independientes. Este impulso tuvo un segundo momento fundacional cuando el criollo letrado republicano del siglo XIX debió reinventar una geografía de América Latina con una retórica romántica y reescribir los territorios naturales del continente. Sumado a lo anterior, el viaje de Galeano por América también comparte elementos preponderantes con la tradición de literatura de viajes europeos que le antecedieron. Evidentemente, los viajeros científicos y comerciales, en busca de recursos para la extracción y del comercio son antecedentes de recorridos y exploraciones. En su importante libro *Ojos Imperiales*, Mary Louise Pratt se propone una correlación entre los distintos modos de conocer y apropiarse el territorio, que incluyen a los viajes de los naturalistas, las expediciones científicas y los viajes cuyo objetivo son los intereses capitalistas europeos. No obstante, la inherente relación entre la literatura de viajes y los objetivos de dominio imperial y de circulación capitalista planetaria, es importante señalar que una tendencia de esta escritura fue denunciar las desigualdades inscritas en el paisaje colonial, afirmando siempre la superioridad de la raza blanca.

Inmersas en estas tradiciones, las crónicas de Galeano son una continuidad de los viajes de integración regional con fines emancipatorios. Asimismo, las crónicas pueden interpretarse como una contracara del viaje imperial o industrial europeo en la medida que expresan una ideología de resistencia y antagonismo ante la invasión del capitalismo moderno al tiempo que se ocupan de una percepción naturalista y científica sobre los recursos naturales. Por otra parte, sus crónicas continúan con la tradición romántica del periodo republicano en el sentido de afirmar una mirada propiamente latinoamericana sobre el territorio y recrear un paisaje que destaca sus aspectos materiales. Finalmente, es interesante señalar que el narrador entra en conflicto con las representaciones raciales propias de la literatura de viajes europeos, repitiendo y distanciándose de fórmulas convencionales asociadas a la superioridad racial blanca, lo que complejiza su carácter de viaje autoetnográfico.³³

³³. Se trata de una cuestión que ha permanecido vigente hasta fines del milenio en relación

Estas diversas retóricas de viaje se actualizan en sus crónicas complementándose con la emergencia de nuevos sentidos epocales. En el contexto de la década de los sesenta, el impulso de Galeano fue a todas luces poscolonial, comprendiendo el término tal como lo define Spurr en el sentido de una búsqueda de alternativas a los discursos de la era colonial, lo que significa, “al mismo tiempo, un proyecto intelectual y una condición transcultural que incluye, junto con nuevas posibilidades, ciertas crisis de identidad y representación” (25).³⁴ Al dilucidar algunos aspectos de este proyecto intelectual y experiencial, es posible proponer que Eduardo Galeano efectuó una particular forma de viaje que podría denominarse como una travesía de asimilación.³⁵ Se trata de una forma de desplazamiento e inmersión vital que intenta hacerse parte de un entorno y una colectividad. La conexión entre este viajero y la figura del testigo, distingue este viaje de las exploraciones científicas y las aventuras comerciales, vinculando el relato con el imperativo de una escritura de denuncia. En este sentido, plantear que la crónica de viajes se torna testimonial manifiesta que en ella se expone y dirime un sentido de justicia que precisa de una incorporación y una asimilación con el territorio y sus habitantes.

A continuación, revisaremos algunos de estas características en las tempranas crónicas “Toda Bolivia en un vagón” y “Guatemala en las bocas de los fusiles”, del año 1967. En ambas, el cronista realiza un viaje que lo lleva a adentrarse en territorios profundos: el altiplano y la sierra selvática, alejándose de la vida urbana. Las estrategias discursivas logran ensamblar una representación del entorno, la naturaleza y el paisaje con una dinámica de alteridad e identidad en la que los otros, el colectivo, puede degradarse o dignificarse y en el que la posición del escritor alterna autoridad con criticidad en un intento de asimilación o integración.

con la escritura antropológica y el trabajo de campo como un experimentalismo y “una renegociación de la frontera, agónicamente definida a fines del *siglo* XIX, con la escritura de viaje” (Clifford, 89).

³⁴. La emergencia de estos sentidos epocales redunda en la crisis y también en la exploración de modalidades alternativas. Tal como lo propone M. L. Pratt, en el contexto de estos años, Arguedas por ejemplo no se identifica con un viajero, sino con un nativo que vuelve.

³⁵. Esta travesía de asimilación compartiría algunos presupuestos con la etnografía más contemporánea en el sentido de aproximarse a la documentación de contextos cotidianos y a las relaciones humanas mundanas: “Los hechos no hablan por sí solos; son envueltos en una trama antes que recogidos, producidos en relaciones mundanas más que observados en contextos controlados. Esta conciencia creciente de la contingencia poética y política del trabajo de campo –una conciencia impuesta a los antropólogos por los desafíos anticoloniales de la posguerra a la centralidad euronorteamericana– se refleja en un sentido textual más concreto de la ubicación del etnógrafo” (Clifford, 89).

Toda Bolivia en un vagón: viaje al altiplano y alteridad

El inicio de esta crónica describe un desplazamiento geográfico *in media res*, cuando las fuerzas de la naturaleza imponen la incertidumbre sobre la continuidad del trayecto:

Las vías están anegadas. Es época de lluvias y de las montañas se ha desprendido una mazamorra de barro y piedras que obstruye el paso durante varios kilómetros. Las vías están anegadas: no se sabe por cuánto tiempo nos quedaremos aquí, clavados en medio de la cordillera desierta. “¿Un día?” “Puede ser”. “¿Quince días?” “Puede ser”. No cabe una aguja en el vagón de segunda, repleto de contrabandistas y de contrabando (69).

En “Toda Bolivia en un vagón” Eduardo Galeano hibrida la crónica y la escritura de viaje. Embarcado en un trayecto por el altiplano desde Oruro hacia La Paz, al interior el mítico tren boliviano, comparte rasgos con un cronista, un etnógrafo y un viajero. Se trata de un observador permeado y expuesto a un ambiente humano precario y desmejorado. Ante la detención del tren, el narrador manifiesta su incomodidad y claustrofobia sintiéndose ajeno respecto del mundo que le rodea: “Los vapores del encierro y los pesados olores de adentro ya se han hecho insoportables, después de tanto tiempo de viaje, de modo que yo también prefiero tirar y me deslizo hacia fuera, como una víbora, por el pequeño agujero” (69).

En ese espacio entre el viaje y la detención, el adentro y el afuera del vagón, el viajero contempla el exterior creando un paisaje en el sentido más clásico de la representación visual de la naturaleza. Se trata de un paisaje americano poetizado mediante una retórica naturalista: “Las montañas aparecen divididas en franjas ondulantes, perfectamente dibujadas, y en las estrías rosadas, ocre, verduscas y violetas puede uno descubrir las distintas edades geológicas de la roca viva. Una cadena montañosa de granito azul se alza, más allá, contra el horizonte” (69). En esta cita, el paisaje retoma su función de mediación entre el sujeto y el entorno constituyéndose en un intervalo que permite descansar la mirada del viajero. La percepción espacial de la geografía articula distintas tradiciones retóricas. Así, las primeras descripciones del paisaje geológico van mutando en un paisaje devastado en el cual solo queda un *statu quo* que alberga a personas en situaciones de pobreza o a los representantes de un estado burocrático. El paisaje natural y social del altiplano también se narra como ruina o naturaleza muerta, cada vez que se refieren los restos dejados por el influjo del capital en su devastación: “afuera están las llamas rumiando y los restos de los poblados mineros” (71). Después de la extracción de minerales de Potosí solo quedaron “agujeros y fantasmas”. Pero esa no es su única configuración puesto que el paisaje también se tematiza irónicamente, cuando desde el territorio natural emanan los

inspectores de aduana como si estos funcionarios públicos se originaran en la convergencia entre vida natural y orden estatal: “interrumpían, como salidos de las dunas, de las rocas” (70). En este sentido, el relato de viaje replica una percepción que integra al sujeto social, al habitante o al nativo con el paisaje natural y geográfico en el que se encuentra.

El cronista repite la perspectiva imperial que se fija en las relaciones de alteridad y refiere las desigualdades. Su mirada contraimperial y poscolonial no suprime las tensiones entre la identidad blanca del escritor y la alteridad del indígena, sino que expone una crisis de la representación. Es claro que tal como señala Spurr:

El primer paso hacia una alternativa al discurso colonial, al menos para los lectores occidentales, tiene que ser una construcción crítica de sus estructuras, y esta sería una comprensión interna, puesto que leemos el discurso desde una posición ya contenida en él (288).

Así, las primeras descripciones de los viajeros vinculan una condición racial a un elemento geológico material: “Mujeres indígenas de rostros minerales con sus niños en la espalda” (69). Progresivamente, la mirada contraimperial, integra los presupuestos diferenciales y a la vez extrema su denuncia. La información sobre la práctica del saludo con pleitesía lo hace evidente: “del lado boliviano del Titicaca ya ningún indio hinca la rodilla para dirigirse a un blanco” (72). El narrador se levanta como testigo foráneo de la situación de extrema marginación y los indígenas son expuestos como figuras últimas de la pobreza. Los “mendigos quechuas” constituyen una imagen que se aproxima al borde de los límites entre lo humano y lo animal, al denunciar la inhumanidad del hambre y anotar el verbo “disputar” como la acción que vincula al hombre y el animal: “Pero he visto changadores aimaraes, por todo el altiplano, cargando fardos hasta con los dientes a cambio de un pan duro, y mendigos quechuas disputando con los perros las sobras de comida de los basurales” (72). La descripción del indígena impresa en el territorio es extrema en su representación de una otredad degradada, que es vista por la mirada de una identidad blanca.

En contrapunto con lo anterior, la escena final del texto se torna elocuente al radicalizar la tensión entre alteridad e identidad. A la mañana mientras el tren se acerca a su destino La Paz, en las manos del periodista cae un diario, depara en los avisos comerciales, una crema para cutis que dice aclarar la piel. Es el momento del reconocimiento explícito de la dinámica de identidad y alteridad, de la otredad y la autoridad de su posición tensionada por el viaje testimonial:

Alzo la vista y confirmo: yo soy el único blanco del vagón. Reconozco, uno por uno, los rostros de esos hombres duros con los que he

compartido durante el largo viaje [...]. Desgarro el diario, le prendo fuego. Y con la pequeña antorcha de papel enciendo cigarrillos para todos (74).

Así, el ojo contraimperial y poscolonial del cronista, si bien no elude las condicionantes epistémicas del colonialismo, se opone con el de inscribir la correlación entre las naciones del tercer mundo y el orden mundial, y por otro, inscribiendo otro desposeído, con el cual solidariza en la acción verbal de la acusación: “Pero una inmensa muchedumbre acusa, desde su naufragio, al sistema entero” (73).

Finalmente, esta crónica también evidencia el momento en que el testigo se transforma en un juez de la realidad nacional, con ello corre los riesgos inherentes de replicar una mirada imperial en el sentido de realizar juicios políticos sobre la nación. El hilo de la crónica vuelve en distintos episodios al contrabando de la mercadería que opera al interior del vagón del tren y que es el sostén de una economía irregular en todo el país: “El contrabando es una costumbre nacional” (70). La tensión dentro del vagón crece a medida que se suceden las coimas, las negativas y los ruegos con los que los viajeros intentan negociar para no ser despojados de los objetos. El narrador es uno más dentro de este grupo, su cuerpo queda atiborrado de objetos, ahogado bajo la mercancía. Inmerso y atrapado por esta internación de productos y objetos, el pueblo parece más enajenado que consciente. Progresivamente, el análisis cada vez se vuelve riguroso al problematizar las promesas incumplidas de la revolución del 52 y las traiciones en el proceso de revolución mediante la formación de una burocracia estatal y los fracasos de la reforma agraria, junto a la sostenida carencia de industrialización. Se suma una preocupación atingente al déficit alimentario y de atención de salud en las áreas rurales. Señala el cronista que las ocho facultades de derecho “fabrican vampiros de indios en cantidades industriales” (73). Su juicio sobre la tecnocracia y la burocracia originada después de la revolución es implacable: “ganan sueldos secretos en dólares y sabotean el país con los auspicios del BID y de la AID” (73).

¿Desde dónde emerge la autoridad del cronista? ¿Cuál es el lugar de privilegio que le permite el juicio en casi todos los niveles? En cierta medida, el cronista se arroga una atribución que replica el gesto de los viajeros europeos, lo que puede explicarse por su procedencia rioplatense. Al interior de la configuración territorial de América Latina, la zona del Río de la Plata amparó una fuerte inmigración europea que modificó su conformación distinguiéndola del resto de América Latina justamente tanto por su conformación racial, cultural y letrada como por la distancia respecto de la problemática indígena. Esto podría explicar esta fácil conversión del testigo en juez. La crítica se acrecienta como modo de aproximación a todos los

niveles del análisis aunando la política interna, el proceso revolucionario, las universidades, las prácticas de importaciones ilegales, la situación del campesinado, el sistema de distribución de la alimentación y la posición aún más marginal de los indígenas. Pero la denuncia supera los límites de lo nacional para inscribirse en una perspectiva poscolonial que sitúa a Bolivia en el orden mundial de la pobreza a consecuencia de su inserción en el capitalismo global:

durante la segunda guerra mundial, los “precios democráticos” del estaño, del volframio y la goma dejaron a Bolivia en la miseria y la honra del deber cumplido, y dejaron a la U.S. Steel, la U. S.: Rubber y la General Motors utilidades fabulosas.

La crónica ha alternado la narración en tiempo presente donde han tenido lugar breves diálogos que reproducen con fidelidad la sintaxis dialectal y la transcripción fonética con el texto argumental. Así una experiencia vital de viaje, asimilación y puesta en crisis de las relaciones de identidad y otredad se engloba en un aparato mayor de análisis social.



Guatemala en las bocas de los fusiles, 1967: viaje a la sierra y contra-violencia

Hemos hecho un alto, me he vaciado el resto de la cantimplora sobre la cara. Llevamos unas cuantas horas caminando, caminando y caminando, arriba y abajo por las sierras verticales, abriéndonos paso dentro de los bosques húmedos y densos a golpes de filo de machete. No estamos lejos de la costa del gran lago; con la primera claridad que anuncia el día se delatan, desgarrados, los velos de neblina que parecen colgar, como anchas lianas ondulantes, de la espesura (89).

La escena que inicia la crónica sobre Guatemala entra de lleno en una naturaleza que se experimenta, se padece, se vive desde un cuerpo en movimiento. El recorrido por la sierra expone al cronista a la intemperie de una caminata que lo lleva al campamento guerrillero. Internados dentro del bosque emerge “el nosotros” que indica al sujeto colectivo en referencia al grupo humano que realiza el recorrido. Se trata de una misión de exploración en una zona de operaciones militares en las que se arriesga morir o matar en nombre de la revolución.

De la misma manera en que la crónica de Bolivia desplegaba la enunciación desde la experiencia del viaje en el vagón de tren, ahora el punto desde el cual emerge la enunciación sería la conversación en el monte con los guerrilleros. Esta crónica entra en relación con una representación de

la naturaleza presente en los diarios de guerrilleros, la que según Jens Anderman enfatiza la locación estratégica y la disolución de la descripción del paisaje al optar por una narrativa de la acción

La sierra, para el relato del Che Guevara y para la teoría de la acción revolucionaria que de ahí deriva, es un *no-lugar* –no en tanto *utopos* o lugar imaginario de “buena vida” sino, en cambio, en el sentido de que permanece completamente ausente del texto en tanto paisaje. La sierra proporciona apenas el escenario para la acción; nunca es objeto de descripción en y por sí mismo. Lo que debe proporcionar a la acción es, precisamente un no-lugar, una imposibilidad de localizar el foco guerrillero gracias al movimiento perpetuo en el que este se encuentra (230).

A diferencia de estos diarios, en esta crónica el paisaje y la relación con la naturaleza serían tematizados y descritos como un paisaje percibido y experimentado. Así, la altura de la sierra selvática se presenta como un entorno frío y espeso. En este espacio aparece el sujeto indígena cuya figura entra en una relación de unidad con el paisaje: “El guía, un indio siempre callado, nos abandona por unos instantes: trepa la cuesta hacia la cumbre, cerrada la maleza entre los altos árboles para indagar ciertas señales en montañas vecinas” (90). El guía indígena es quien lee la naturaleza y la domina con su movimiento.

Las imágenes poéticas se desperdigan por distintos momentos, hay un halo de romanticismo que no solo se reconstruye como un paisaje visual, sino como un paisaje mistificado: “No se ve otra cosa que selva espesa. Seguimos caminando en silencio. Ahora, puede verse el cielo hacia oriente. Parece que celebrara algo, el cielo. Algo como su propio sacrificio. Amanece”. Este sintagma alcanza una dimensión panteística, en la que la naturaleza participa y es solidaria con el ánimo que se imprime en quienes acompañan la travesía. El gesto de la naturaleza aparece integrado al impulso sacrificial antropológico que guía la acción de la guerrilla. El oriente celestial se torna en signo mesiánico. Por otra parte, la naturaleza es parte de un continuo vital entre lo humano y lo animal. Las relaciones con la naturaleza aparecen como una configuración de continuidades entre la guerrilla y la naturaleza: “Se dice que hasta las serpientes lo respetan como se dice que Yon Sosa, comandante del otro frente guerrillero, engaña a los soldados durmiendo en el vientre de un caimán” (92). Asimismo, la presencia de los indígenas hace parte de este tinglado.

La dinámica de identidad y alteridad aparece también en estos escritos, signada por otros atributos que constituyen un nosotros plural proactivo y dignificado. En este caso, no se tematiza la condición racial de hombre blanco sino una condición cultural urbana y se expone un sentimiento de

inferioridad por parte del narrador dada su falta de resistencia corporal ante la adversidad de la naturaleza.

Tengo vergüenza porque tengo frío: caminar, aunque los músculos de las piernas estén duros como puños, es mejor que intentar inútilmente dormir sobre el follaje, sin nada para cubrirse y la transpiración helándose sobre el cuerpo. En cambio, ni una gota de sudor en los cuerpos de mis acompañantes, y para ellos no cuentan ni el frío ni el suelo. Esta vergüenza que siento, intoxicado ciudadano sin experiencia de intemperie, es una anticipación de la que sentiré cuando lleguemos al campamento que César Montes y un pequeño núcleo de muchachos han improvisado en algún rincón del oeste de Guatemala (89).

El narrador no oculta su figura de periodista letrado ni se hace pasar por un corresponsal de guerra, sino que expone su calidad de explorador vulnerable que, guiado por las exigencias de su oficio, se interna en zonas de peligro. La situación cuasi inverosímil pero verdadera nos expone en una entrevista al joven líder César Montes, al mismo tiempo documenta las acciones diarias de limpiar los fusiles y las cenizas del fogón. El periodista construye a su entrevistado en términos mediáticos; así se lo interroga: “¿Son estudiantes la mayoría de los guerrilleros? –No, no [...] campesinos” y se lo describe: “flaco, de rasgos delicados”, sin omitir la solicitud de registro con la cámara fotográfica: “No me pidas que ponga una cara temible para la foto porque nadie nos creería” (91). La crónica adentra al lector en una relación coloquial y cercana: “César Montes sigue charlando: Sabemos que son los indios quienes van a decidir en definitiva la suerte de la revolución”.

El sujeto colectivo de la guerrilla hace vibrar un ánimo dinámico que configura un *locus amoenus*, en el que abunda la risa: “hay que cuidar la alegría, conservarla y renovarla como el agua de las cantimploras” (90-91). Cierta ingenuidad compensa la crudeza de la realidad. Ante la inminencia de la muerte, la crudeza de la situación propone una liviandad propia de un estado juvenil, como la edad de los presentes que media los veintipocos años: “la tos interrumpe a cada rato el diálogo” (93). La interrupción del cuerpo enfermo es presentada en su condición de sacrificio ante las extremas adversidades que ha de soportar. A través de distintas estrategias, el narrador hace emerger un aspecto candoroso e inocente, que subraya la juventud del entrevistado y contrasta con la posición de autoridad del periodista quien omite que apenas es dos años mayor. La crónica opera como contextualización y mediación de las palabras del guerrillero, en una voz directa que, si bien se dirige al periodista, se vuelve extensiva a los lectores que son puestos en la posición de oyentes de un diálogo privado: “me dice César Montes: El guerrillero es esencialmente un luchador agrario” (92).

El formato del relato de viajes y de la entrevista se ensambla con el análisis sociopolítico. Con gran versatilidad narrativa, la crónica se desplaza desde el encuentro presente en la sierra selvática, donde el narrador sostiene una conversación con el foco guerrillero, a los datos de economía y sociedad guatemalteca. Desde el inicio, se tematiza la cuestión de la violencia y sus causas originarias y la permanencia en la memoria de la revolución pacífica del año 1954 abatida mediante la intervención norteamericana. Mortalidad infantil, desnutrición, correlaciones injustas entre pagos y trabajo: “un litro de leche equivale a dos días de trabajo para un campesino de Alta Verapaz”, son documentadas a través de datos pormenorizados.

La conversación se fragmenta para dejar espacio a la ensayística sociopolítica, que tematiza la condición campesina e indígena, historiza el impulso revolucionario abatido en 1954 y la continuidad de la reforma agraria y también complejiza la fase política contemporánea. En esta, denuncia que una pequeña oligarquía cuenta con el poder económico, político y para conseguir reformas, pero por sobre todo, cuenta con el poder militar ilimitado. El texto describe pormenorizadamente las cruentas acciones de las organizaciones militares y paramilitares de carácter antisubversivo.

La base de la denuncia, desde una perspectiva contraimperial y poscolonial, es el contrapunto entre las hectáreas de cafetales, el capital extranjero y la precariedad de los indígenas. Finalmente, tras el análisis de las condiciones de contexto la declaración del juicio se hace taxativa: “la verdad sencilla que la guerrilla encarna y propaga: solo por la violencia podrá conquistarse, en Guatemala, la tierra y la libertad”. Esta frase probablemente marca un momento de inflexión en lo que se refiere al apoyo de Galeano a los movimientos revolucionarios, la legitimidad de la violencia como medio de liberación y justicia. Así, la contundencia de la imagen que ensambla geografía, capital y cuerpo subalterno, es elocuente: “No hay camino por donde puedan pasar camiones o siquiera carretera en Alta Verapaz: los grandes finqueros no los necesitan; sale más barato transportar el café a lomo de indio” (95). La mirada contraimperial cita la frase colonialista para explicitar la brutalidad de la animalización y la intrincada relación entre flujos del capital, materias primas, recursos naturales y explotación inhumana de las poblaciones indígenas.

Las crónicas tempranas “Toda Bolivia en un vagón” y “Guatemala en las bocas de los fusiles” pueden resultar ejemplificadoras a la hora de interpretar la figura de Eduardo Galeano en su condición de cronista viajero. Su escritura no emerge solo de una mirada, un ojo que registra el recorrido y recrea un paisaje, sino también de una presencia corporal dialogante que expone su oído atento y su voz junto a la de aquellos con quienes se

encuentra. Parafraseando a M. L. Pratt, Galeano no solo actualizaría unos ojos contraimperiales y poscoloniales conscientes de la barbarie capitalista sobre las poblaciones humanas y los territorios latinoamericanos, sino también unos oídos testimoniales que recogen el relato desde el otro haciendo de la escritura una praxis de escucha y visión.

Bibliografía

ACHUGAR, Hugo: "Historias paralelas / Ejemplares: La historia y la voz del otro", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 18, N.º 36, pp. 51-73, 1992.

ANDERMAN, Jens: *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*, Santiago: Metales Pesados, 2018.

CLIFFORD, James: *Itinerarios transculturales*, Madrid: Gedisa, 1999.

GALEANO, Eduardo: *Crónicas latinoamericanas*, Montevideo: Girón, 1968.

_____ *China 1964: crónica de un desafío*, Buenos Aires: Jorge Álvarez Montevideo: Girón, 1968.

KOVACIC, Fabián. *Galeano*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2015.

PRATT, M. Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, New York: Routledge, 2008.

RAYMOND L., Bryant and Sinéad Bailey, *Third World Political Ecology*, London: Routledge, 1997.

ROTKER, Susana, *La invención de la crónica*, México Fondo de cultura económica, 2005.

SPURR, David, *La retórica del imperio*, Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.



María Teresa Johansson es Doctora en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Chile y académica del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado. Actualmente es coinvestigadora en el proyecto: “Post-narrativas de la violencia: representaciones y desplazamientos de la memoria y la ficción en la literatura peruana (2000-2015) (FONDECYT). Ha publicado *Literatura uruguaya de los sesenta: vanguardia estética y narrativas imaginísticas* (Taller de Letras, 2016), *Estéticas elementales: Liscano, Pucurull, Tiscornia. Notas sobre la resistencia en el Penal de Libertad* (Uruguay 1972-1985)” (Helix, 2017); *Desafección, duelo y carácter indeleble en el testimonio El furgón de los locos de Carlos Liscano* (2018); *Figuras de la locura en las retóricas testimoniales uruguayas: aproximaciones al régimen penal, la conciencia enunciativa y los lenguajes literarios* (Alter/nativas, 2018)”. Es coeditora del libro *Pasados contemporáneos. Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Editorial Vervuert, 2019. Coordina el Programa de Memoria y Derechos Humanos Universidad Alberto. Hurtado/California University.